

Intertemporalidad

Luis Rubio

La clave del desarrollo radica en el actuar acumulado de millones de individuos ejerciendo su libertad y decidiendo por su cuenta, dentro del marco de reglas que establece el Estado. Cuando esas reglas son coherentes y, sobre todo, parten del reconocimiento de la naturaleza humana como es y no como algún político preferiría que fueran, el desarrollo se da y florece. Quizá no haya mejor manera de ejemplificar lo anterior que el contraste entre Mao y Deng: el primero se dedicó a perseguir y empobrecer a su población; el segundo hizo posible que floreciera su nación. En palabras de Deng, “no importa si el gato es negro o blanco, lo importante es que cache ratones”. La diferencia: Deng aceptó la naturaleza humana en lugar de tratar de acomodarla a sus preferencias políticas o ideológicas.

Deng reconoció que la gente busca su beneficio personal y que la suma de millones de personas tomando decisiones en materia económica se traduce en un enorme beneficio colectivo y que, de esa manera, se avanzaba el desarrollo de su país. Las decisiones de esos millones de ciudadanos a lo largo del tiempo -la intertemporalidad- contribuyen al desarrollo y son posibles en la medida en que exista un marco de certidumbre al que esos individuos se puedan apegar. La diferencia entre Mao y Deng acabó siendo que Deng, al reconocer esta falta de la naturaleza humana, se abocó a crear el marco político-normativo que la hiciera florecer. El resultado fue que el gobierno chino le confirió un entorno de certidumbre a su población, la explicación más integral del enorme éxito de su economía en las pasadas décadas.

La lección para México es obvia: el país ha prosperado en los momentos en que existe certidumbre y se ha estancado o retraído cuando ésta desaparece. Por muchas décadas, esa certidumbre dependía de cada sexenio; si uno observa los ciclos económicos mexicanos, estos siempre fueron sexenales: el primer año era recesivo porque los ahorradores e inversionistas esperaban a ver cómo reinventaría la rueda el nuevo gobierno; cuando las reglas del juego quedaban claras, comenzaba el ciclo ascendente, sólo para amainar hacia el sexto año, cuando el proceso comenzaba de nuevo. Es decir, todo dependía del presidente en turno porque su poder era (es) tan vasto, que podía cambiar las reglas en cualquier momento. Esta es la razón por la que el factor confianza en el gobernante adquirió tan enorme trascendencia.

Esta manera de funcionar entrañaba tres costos obvios: primero, nunca se desarrollaban proyectos de largo plazo; segundo, la propensión a que se agudizaran los ciclos recesivos era enorme; y, tercero, al todo depender del presidente, cada una de sus expresiones adquiriría dimensiones cósmicas, igual para bien que para mal. La falta de factores

de certidumbre de largo plazo llevó a la era de crisis en los setenta, ochenta y noventa y no fue sino hasta que se consolidó el TLC norteamericano que el país experimentó, por primera vez desde la Revolución, una era de estabilidad y claridad de reglas, al menos para una parte de la economía.

Un gobierno inteligente, capaz de reconocer la naturaleza del fenómeno de fondo, habría extendido las reglas del juego inherentes al TLC a toda la economía y a todo el territorio nacional. Sin embargo, como se dieron las cosas, el país entró en una era de dos Méxicos y dos velocidades que permitió que hubiera gran crecimiento en una parte del país y estancamiento en otra. Para colmo, luego llegó Trump, el primer presidente estadounidense dentro de la era del TLC que no tenía conocimiento ni mucho menos interés en la relevancia política del TLC para México, a quitarle “los alfileres” a todo el entramado.

El T-MEC tiene muchas virtudes, pero no entraña la misma fuente de certidumbre que el TLC original y a eso se viene a sumar la retórica del presidente López Obrador, que tiene el efecto inmediato de minar la certidumbre y generar desconfianza en un amplio espectro de la población, como se pudo apreciar en los recientes procesos electorales. En contraste con los presidentes de la era priista a los que parece admirar, López Obrador no tiene ni la menor intención de generar un marco de confianza para la inversión. Su retórica y su trato de adversarios (cuando no de enemigos) a todos aquellos que no comulgan con él ha resultado en estancamiento económico.

En la era de la ubicuidad de la información, los mensajes públicos y los privados son indistinguibles porque todos se suman en el proceso político y arrojan un resultado binario: generan confianza o no la hay. La estrategia de confrontación, diseñada expresamente para dividir, agudiza el encono social, cierra los espacios de potencial diálogo y tiene el efecto de generar incertidumbre. En lugar de crearse un entorno de paz y de tranquilidad, crucial para atraer inversión y ahorro, éste se torna imposible.

Fue el propio Mao quien afirmó, en una entrevista con Edgar Snow, que para gobernar se requiere “Un ejército popular, alimento suficiente y confianza del pueblo en sus gobernantes”. “Si sólo tuviera una de las tres cosas, ¿cuál preferiría?”, preguntó Snow. “Puedo prescindir del ejército. La gente puede apretarse los cinturones por un tiempo. Pero sin su confianza no es posible gobernar”.

@lrubiof

ÁTICO

Generar confianza es la clave de todos los gobiernos exitosos, de cualquier ideología, porque sin ésta, el resultado es siempre malo.

Regreso a las aulas sí, pero no así

Manuel Gil Antón

Durante el sexenio anterior, dos expresiones sintetizaron la resistencia a la Reforma Educativa: “Evaluación sí, pero no así” y “Reforma Educativa sí, pero no sin nosotros”. Ahora es necesario expresar a las autoridades actuales, con la misma fuerza, una demanda semejante: “Regreso a las actividades presenciales sí, pero solo si...”

No viene al caso repetir todas las ventajas que trae consigo el regreso a los planteles. Son conocidas y compartidas. El problema que enfrenta el país no se ubica en el terreno de lo deseable, sino de lo factible. Por ello, el condicional de la demanda es crucial. Tampoco es preciso enlistar las condiciones que han de estar presentes en las escuelas con el fin de minimizar, al máximo, las posibilidades de contagios. Las sabemos.

A su vez, las modalidades adecuadas en cada caso, dada la diversidad del país tanto en el nivel de la pandemia como en cuestiones que refieren a condiciones geográficas y de contexto social, solo pueden decidirse a nivel local con la participación del magisterio, las familias y el alumnado y, sin duda, con la asesoría especializada de los responsables del cuidado de la salud y los procesos pedagógicos pues no pueden ser los mismos que se llevaban a cabo antes del inicio del cese de las actividades presenciales. Aunada a la diversidad de condiciones de contorno geográfico que harán variables las estrategias posibles —las actividades en espacios abiertos en Mexicali (este viernes con una máxima de 38 grados) son disímiles a las de Puebla (a lo más 23)—, se agregan las relativas a la infraestructura de los planteles: condiciones de ventilación de las aulas a guisa de ejemplo.

Pero una cuestión es la variabilidad de modos del inicio del retorno cuando sea realizable, y otra la situación de miles de

escuelas públicas en las que, por la desigualdad social, es imposible por, digamos, ausencia de agua, baños o espacios para conservar una distancia adecuada.

El sistema escolar tenía graves fallas antes del inicio de este gobierno que se agravaron por no acompañar el cierre de actividades con vigilancia y mantenimiento preventivo de las instalaciones. Esa factura no es previa. ¿Cuál es el plan específico de las autoridades para resolver estos escollos insalvables para el retorno? ¿Existe un censo, a estas alturas esencial, en torno a las condiciones de las escuelas? ¿Se ha dispuesto de un presupuesto de emergencia para, en plazos breves, corregir estos problemas que afectan a la población más marginada? La convocatoria del presidente a que colaboren las familias y el cuerpo docente para arreglar las instalaciones, ¿incluye que se les transfiera el costo de las modificaciones o reparaciones? Si es así, ¿dónde queda la gratuidad constitucional de la educación en todos sus niveles?

Antes de la pandemia, sin las no por famosas menos inadecuadas “cuotas voluntarias”, el mantenimiento de millares de escuelas públicas era imposible, ¿generar condiciones de posibilidad para la actividad presencial dependerá de los recursos de la comunidad escolar?

Hay muchos más temas importantes, pero el espacio es tirano. El gobierno actual no puede eludir ni este ni otros que han esgrimido con claridad las y los profesores. No es coherente con sus afanes de justicia social semejante omisión. De acuerdo, nada por la fuerza; pero la fuerza de la ley es inescapable e indica que, de estos entuertos, ha de hacerse cargo quien es responsable del gobierno. Es obligatorio que lo asuma. Faltan solo 9 días. ¿Qué esperan?

mgil@colmex.mx
@ManuelGilAnton

Llueva, truene o relampaguee

Sergio García Ramírez

Los niños regresarán a clases, “llueva, truene o relampaguee”. Orden fulminante de un caudillo, como si enviara a sus huestes a un campo de batalla. Pero antes de callar y obedecer, veamos cómo están las huestes y el campo, y de qué batalla se trata. Normalmente, el retorno a clases sería motivo de confianza y alegría. Los niños llevarían manzanas a sus maestros. Y éstos guardarían la alegre irrupción de los escolares en el salón de clases. Pero no es así. Por eso debemos reflexionar sobre el úkase del caudillo. Y hacerlo al amparo de datos fidedignos que sustenten la orden imperiosa y resuelvan las preocupaciones de quienes enviarán a sus hijos a los recintos escolares.

Por supuesto, es necesario reanudar la vida que suspendimos hace tiempo. De esto no hay duda. Y en esa recuperación, la vuelta a clases ocupa un lugar eminente y apremiante. Lo subrayo. Los niños deben reiniciar el trato con sus compañeros y maestros y volver en buena forma al proceso educativo normalizado. ¡Por supuesto!

Pero el retorno a clases no debe ocurrir de cualquier manera, “llueva, truene o relampaguee”, según el úkase voluntarioso. Los datos oficiales informan sobre el incremento de los contagios y la marejada de una pandemia que no hemos contenido. Esas aguas comienzan a arrebatarlos a los niños y a los adolescentes.

Muchos compatriotas instan a ponderar la situación que prevalece y prevenir las consecuencias de un paso precipitado. Lo ha expuesto, por ejemplo, el colectivo “Unidos por la salud de todos los mexicanos”, que reúne la ciencia y la experiencia de un grupo de profesionales que militan en el sector salud y en otros campos. Se preguntan si existen las condiciones que permitan el retorno a clases como ordena el Ejecutivo, precisamente en este minuto, cuando México vive uno de los momentos de mayor contagio, como aseguran todos los indicadores, oficiales y extraoficiales.

Sabemos —así lo destaca ese colectivo— que las escuelas no disponen de los medios indispensables para acoger ahora mismo, razonablemente, a millones de niños y adolescentes. Numerosos planteles han sido vandalizados. En mu-

Crisis

Arnoldo Kraus

Ignoro si sea veraz o no: las opiniones son encontradas. Lo ignoro pero no me incomoda: las desavenencias son parte de la vida; fortifican los encuentros y siembran preguntas. Me refiero al concepto chino para la palabra crisis, cuyos ideogramas, de acuerdo a algunos autores, representan “riesgo y “oportunidad”; otras fuentes no concuerdan con dicha idea: falaz, dicen. Cuando el tema es enfermedad, o más bien, la persona enferma, la idea —“riesgo” y “oportunidad”—, me seduce. Lo veo y lo vivo con quienes confrontan desajustes corporales o mentales. Del orden —salud— al desorden —patología— el recorrido es largo. Bien lo explica Chögyam Trungpa: “El camino es la meta”.

El proceso de quienes sufren alteraciones físicas o psíquicas, y finalizan “bien” deviene modificaciones internas: ni el mundo es como era, ni las personas son como eran, ni uno mismo es como era: es y era como parteaguas del antes y del después y como paráfrasis para vivir el día desde otro ángulo.

La mayoría de los enfermos, pienso, se acogen a la idea de Trungpa, “el camino es la meta”. Quienes sanan aprecian la salud personal y social desde otra perspectiva: una oportunidad para continuar. Incluso, algunos enfermos terminales conscientes del proceso final, entienden que la muerte, dada la magnitud de la enfermedad y del sufrimiento personal y de los seres cercanos lo comprenden: fallecer es la última estación del camino; transitar los últimos días con entereza y con dignidad es una bendición.

La etimología siempre ayuda. Crisis proviene del griego krisis, “decisión”, y, a su vez, del verbo krino, “yo decido, separo, juzgo”. Dicho concepto designa el momento en que se produce un cambio en algo o en una situación, ya sea debido a una enfermedad, en la naturaleza, en la política o en la vida de una persona o de una comunidad. El lenguaje corriente también contribuye: crisis implica un cambio total o parcial de una situación. Winston Churchill, dueño de sabidurías diversas, ofrece una perspectiva interesante: “Toda crisis es mitad un fracaso y mitad una oportunidad”.

Las crisis provocadas por el dolor invitan a separar primero y a decidir después. Separar invita a reflexión de ser posible, anclando las ideas con sosiego, sin prisa, en silencio. Es deseable sepa-

Pero el retorno a clases no debe ocurrir de cualquier manera, “llueva, truene o relampaguee”, según el úkase voluntarioso. Los datos oficiales informan sobre el incremento de los contagios y la marejada de una pandemia que no hemos contenido. Esas aguas comienzan a arrebatarlos a los niños y a los adolescentes.

chos se carece de agua potable, electricidad, apoyos sanitarios. Hay rezago en el proceso de vacunación, que ni siquiera ha iniciado para la población infantil. Falta mucho para alcanzar la buena coordinación de todos los agentes comprometidos en esta tarea.

Desde luego, advertimos la impertinencia de poner en manos de los padres de familia la responsabilidad de colocar a sus hijos en situación de alto riesgo. El Estado no puede transferir su propia responsabilidad a los padres. Más bien es el gobierno quien debe dar una responsiva que acredite el cumplimiento de los deberes del Estado.

Es verdad que vivir entraña riesgos. Se afirmó en el Olimpo, con despliegue de sabiduría. Pero también es verdad que el Estado debe crear las condiciones que reduzcan esos riesgos y ofrecer a los niños medios que mitiguen el peligro. ¿Ha cumplido el Estado esta obligación ineludible? Las fuentes oficiales permiten saber que estamos lejos de haber creado condiciones adecuadas para el retorno masivo a clases y que tampoco hemos abierto diferentes opciones para escolares que se hallan en diversas circunstancias.

Cuidemos el paso al que nos apremia el discurso mañanero. No sea que deploramos las consecuencias de abrir las puertas de las escuelas sin preparación suficiente. ¿Qué encontrarán los niños que las traspongan? Conviene reflexionar y ponderar, preparar y proteger, aunque “llueva, truene o relampaguee”.

La etimología siempre ayuda.

Crisis proviene del griego krisis, “decisión”, y, a su vez, del verbo krino, “yo decido, separo, juzgo”. Dicho concepto designa el momento en que se produce un cambio en algo o en una situación, ya sea debido a una enfermedad, en la naturaleza, en la política o en la vida de una persona o de una comunidad. El lenguaje corriente también contribuye: crisis implica un cambio total o parcial de una situación. Winston Churchill, dueño de sabidurías diversas, ofrece una perspectiva interesante: “Toda crisis es mitad un fracaso y mitad una oportunidad”.

rar lo bello de lo triste, recordar lo bueno y confrontarlo con lo malo, apreciar lo construido e intentar aceptar lo negativo. Frente a los cambios impuestos por la enfermedad es sabio decidir, i.e., buscar senderos nuevos y sortear los viejos, (re)valorar los lazos amorosos y amistosos, comprender lo que se ha dejado de ser y aceptar lo que ahora se es. Ni separar ni decidir su tareas fáciles. Menos lo es cuando la razón de la crisis es dolor y el motivo de éste es una enfermedad sin solución.

Cuando se sortean las crisis provocadas por enfermedades y el mundo se abre de otra forma, las oportunidades devienen retos y los retos, oportunidades. “Está bien no estar bien” me comentó un paciente meses después de sanar. “Está bien no estar bien” es una suerte de escuela. Quienes han recorrido el camino de uno a otro extremo lo saben. Esa idea debería ser motivo de reflexión para entender y actuar de manera adecuada. Esa idea pregunta y siembra. El tiempo del dolor, sus preguntas y retos, es inmenso.